

Bajo el mismo cielo

Novela

ANIBAL ALVAREZ PEREZ

NOVELA BASADA EN HECHOS REALES.

[Escribir texto]

DEDICATORIA.

A mi madre, mis hijos y mis cuatro nietos.

[Escribir texto]

rrrrr

Primera parte.

Atlanta. USA. 1982.

1

El fuerte viento del noreste empujó un cúmulo de nubes grises sobre el cielo de Atlanta y la lluvia, quizás la más fría del mes de Octubre, calló empapándolo todo; calles, tejados edificios y árboles cuyas ramas se doblaron ante las fuertes brisas y el recio aguacero.

Esa tarde otoñal la temperatura estuvo en veintitrés grados centígrados. En Atlanta los inviernos son suaves y por eso a Cristina le gustó vivir allí y no en Arlington, Texas, con su hermano Armando.

[Escribir texto]

Miami tampoco le había asentado a su salud. Richard, su ex_esposo, le insistió para se quedara pero el ambiente social de la Florida la estresaba.

La lluvia y el aire frío obligaron a Rosa, su sobrina, a cerrar las ventanas de la habitación y cubrió a Cristina con una frazada.

Estuvo lloviendo más de una hora. El aguacero amainó y Cristina se despertó angustiada. Había soñado con Charito su hija. Al dolor agudo que producía la enfermedad en sus pulmones, se sumó la tristeza que la embargaba por la ausencia de ésta. La fiebre y los escalofríos habían disminuido.

Cuando los dolores la atormentaban, gemía, se quejaba y le rogaba a Dios que acabara de una vez. Tras el alivio por el efecto de la morfina rectificaba y le pedía que no lo hiciera hasta que su hija llegara de Cuba.

Con ojos opacos, inexpresivos y la voz destemplada le dijo a Rosa que estaba decidida a contarle toda la historia sobre el hallazgo de Charito.

_ Espera..., ¿quieres que te dé un masaje en la espalda? _le dijo su sobrina acariciándole los cabellos.

__No, ahora no.

Cristina se quedó unos instantes mirando a los ojos de Rosa y las lágrimas le brotaron casi sin advertirlo.

__Sé que puedo morir sin volver a ver a mi hija. ¡Quiero verla! _sollozó
_¡cuánto daría por estar en Cuba junto a ella ahora que tanto la necesito!

__La verás. No te pongas así. Te vas a recuperar. Tu operación fue un éxito, tía.

[Escribir texto]

Rosa lo dijo para consolarla. En su mentira piadosa estaba oculta la condena a muerte que le produciría a Cristina el tumor canceroso alojado en sus pulmones. Fue llevada al quirófano, pero todo fue inútil.

__Trata de localizar a Richard. Quiero hablar con él.__dijo con desgano.

__Esta noche lo haré. Bueno, no te aflijas más y cuéntame esa historia.

Todos los días me dices que...

_Dile a Richard que llame a Cuba para saber como van los trámites para la salida de Charito. ¡Ojalá no le pongan trabas y pueda venir cuanto antes.

__Cuéntame como encontraste a Charito.

__Ahora lo haré._tosió.

__Te escucho.

__Todo sucedió una tarde cuando yo caminaba por los terrenos que están detrás de nuestra casa allá en Cuba. El cielo estaba nublado y el aire muy húmedo. Bueno, eso empeoraba la situación de la niña que habían dejado abandonada en aquella Ceiba. ¡Parecía mentira! Esa criatura dejada allí, sabe dios por quien, tuvo la suerte de que yo andaba por allí_ tosió.

Rosa la escuchaba atentamente. El relato le parecía una pesadilla. Además, Cristina lo hacía muy bien a pesar de su gravedad.

__ Gracias a Dios tú la encontraste, tía.

__Si, hija.

[Escribir texto]

__ ¿Qué hacías en aquel lugar?_preguntó Rosa sentada en un sillón ubicado junto a la cama de la enferma.

__Buscaba unas hierbas aromáticas que Justino, un palero de Guanabacoa, me había indicado para alejar de mí ciertas “malas corrientes espirituales”, que según él, me tenían obsesada...me estaban haciendo daño.

Rosa sonrió.

Cristina tenía mucha fe en esas creencias. Justino, su palero de cabecera, era “Ahijado” de Chano Betongo residente en el Calvario. Betongo, entonces, era el espiritista con el que se consultaba el “Cheif” Fulgencio Batista, Presidente de la República, y otros importantes personajes de la política y los negocios.

__Dejar esa niña abandonada en aquel lugar...fue un acto criminal, tía. ¡Es insólito!_dijo Rosa visiblemente indignada.

__Para mi fue lo más terrible que me había ocurrido en mi vida, pero después fue muy hermoso. Esas historias sucedían sólo en las novelas radiales de aquella época. Si tú hubieras visto como la encontré._ cuando terminó la frase sus ojos, apenas sin brillo, se clavaron en los suyos.

__ ¿Cómo?

__Estaba envuelta en unos pañales empapados de orina. Lloraba y movía sus bracitos y sus piernitas desesperadamente. Parecía que pedía ayuda. Asombrada la cargué, y cuando le quité el pañal fue que supe que era una

[Escribir texto]

__Recuerdo que comenzó a lloviznar, y con la niña cargada, salí deprisa para la casa. Si la dejaba allí, quién sabe lo que hubiera ocurrido.

__Hubiera muerto.__dijo Rosa con el seño fruncido.

_Yo no tenía valor, ni tan mal corazón para hacerlo.

Tosió varias veces.

_Lo sé, tía. Eres muy buena. Hiciste muy bien. Yo lo hubiera hecho igual. ¡Qué susto se daría mi tío Richard cuando te vio con la niña en los brazos! Me hubiera gustado contemplar la cara que puso.__lo dijo y sonrió.

__En la sala de la casa estaba Richard conversando con Adolfo, un buen amigo de nosotros; fiel admirador de Fulgencio Batista, el Presidente. Hablaban sobre la situación política del país en aquellos últimos meses del año cincuenta y ocho. Para Adolfo era imposible que Fidel Castro tomara el poder pero se equivocó.

Richard era de esos galenos que, sin proponérselo, imponen respeto en sus pacientes y amistades. Alto, de tez blanca, ligeramente sonrosadas, ojos pardos azulosos, pupilas anchas y espesos parpados, rostro serio y bien parecido.

Era hombre de gestos vigorosos y tajantes. Siempre fue codiciado por alguna que otra enfermera, las que se quedaban con los deseos de digerirlo. Muchas lo deseaban por su posición social pues Richard era un médico de renombre.

[Escribir texto]

Rosa miró el reloj despertador ubicado en la mesita de noche y se percató que a Cristina le tocaba tomar un medicamento a esa hora.

__Espera tía, déjame darte el medicamento que debes tomar; luego continúas con el relato.

Rosa buscó un vaso con agua y luego extrajo una tableta de un sobre, la disolvió en una cuchara y la llevó a la boca de la enferma. Le palpó la frente con el dorso de una de sus manos para comprobar si estaba caliente, pero su temperatura era normal.

__No tienes fiebre. Bueno, continúa.

Cristina, con dificultad, buscó comodidad y continuó:

__Cuando entré con Charito entre mis brazos Richard y su amigo se asustaron. La niña aun lloraba despavoridamente.

__Richard me preguntó asombrado: ¿Cristina, de quien es ese niño?

Cristina sonrió ligeramente y luego continuó:

__Les dije lo que había sucedido. Le quité los pañales y les mostré que era una niña. Richard se puso muy serio y me criticó por recoger un muchacho ajeno que no se sabía de quien era.

__Yo entonces le dije que no había tenido valor para dejarla allí porque estaba lloviznando. La niña aun gritaba, aunque el llanto era más moderado.

Tosió de nuevo.

[Escribir texto]

_ Adolfo comentó que en aquellos tiempos se habían dado muchos casos de estos.

Hizo una pausa.

_Y era cierto. En la Habana, y en interior del país, muchos niños habían sido abandonados porque sus padres no tenían recursos para criarlos. Algunos de gentes muy pobres, otros por prejuicios sociales. Muchas veces los niños abandonados eran hijos de alguna ricachona.

_Richard y Adolfo examinaron la niña y les llamó la atención el pequeño lunar que tenía ésta en el centro de la frente. Recuerdo que Adolfo dijo: "Es muy bonito ese lunarcito que tiene, Richard. Me recuerda a la cantante Rita Montaner". "Cristina, tienes que curarle esas ronchas". Me dijo el gordo.

_Es muy bonito.

Cristina continuó desgranando el relato.

_ Luego Richard le examinó los picazos de hormigas. Me indicó que la limpiara y la cúrala. Luego me dijo que había que averiguar de quién era y devolverla.

Salí con la niña entre mis brazos y fui hasta la última habitación de la casa. La acosté sobre la cama y la aseeé. Luego le unté una pomada en las ronchitas que le habían producido los picazos de las hormigas. Improvisé un pañal que hice de una sábana y la cubrí. Todo lo hice con rapidez asombrosa, a pesar de la poca experiencia que tenía en estos menesteres. Al poco rato la niña dejó de llorar. Si hubieras visto aquello; había cambiado

